

TERCERA SESIÓN

PERSPECTIVA POLÍTICA-SOCIAL

DESCUBRIR Y REINVENTAR EL MEDITERRÁNEO: DEL CHOQUE AL DIÁLOGO ENTRE CIVILIZACIONES (1)

POR CELESTINO DEL ARENAL

El Mediterráneo y las fracturas de la sociedad mundial

En los finales del siglo xx y de cara al siglo xxi, el Mediterráneo ha vuelto a transformarse, como lo fue históricamente en muchos momentos, en una región clave y fundamental en orden al futuro de la sociedad mundial.

Como ha señalado Esther Barbé:

«El Mediterráneo constituye, hoy en día, un espacio privilegiado para el análisis social. El Mediterráneo es un espacio global en el que se reflejan los grandes problemas de la sociedad internacional contemporánea (fractura religioso-cultural, desarrollo económico desigual, degradación medioambiental, conflictividad militar), al mismo tiempo que ofrece un muestrario de mecanismos de cooperación y gestión de problemas gubernamentales y no gubernamentales (2).

(1) Los términos «descubrir» y «reinventar» el Mediterráneo los hemos tomado de sendos trabajos publicados por BARBÉ, E. «Reinventar el *Mare Nostrum*: el Mediterráneo como espacio de cooperación y seguridad», *Papers Revista de Sociologia*, número 46, pp. 9-23. 1995, y GRASA, R. «Descubrir mediterranis, reinventar la Mediterrània», en *Marc Dueñas* (de), *Xoc de civilitzacions. A l'entorn de Samuel P. Huntington i el debat sobre el xoc de civilitzacions*, pp. 173-192. Ediciones Proa. Barcelona, 1997.

(2) BARBÉ, E. «Presentación» al número especial de la revista *Papers*, dedicado a «El Mediterráneo en el umbral del siglo xxi», *opus citada*, p. 7.

De hecho, en el Mediterráneo convergen las dos grandes fracturas que caracterizan en estos momentos la sociedad mundial, una vez superada la coyuntural fractura ideológica Este-Oeste que durante poco más de 40 años dominó las relaciones internacionales, obscureciendo las demás fracturas.

Por un lado, está la fractura Norte-Sur, agudizada en relación al pasado, que se expresa en términos de desarrollo-subdesarrollo, con dimensiones políticas, económicas y sociales, y que está en la base de algunos de los principales del mundo, produciendo en concreto en el Mediterráneo tensiones y conflictos crecientes. Esa fractura marca una frontera entre el mundo industrializado, coincidente en general con los países del norte del Mediterráneo, y el mundo en vías de desarrollo, concretado en general en los países de la orilla sur de ese mar, separando y enfrentando las sociedades mediterráneas principalmente en términos económicos y sociales.

Por otro lado, aparece la fractura que se expresa en términos civilizacionales y por ello con dimensiones religiosas, culturales y étnicas, pero también políticas, económicas y sociales, que en el Mediterráneo se materializa fundamentalmente, aunque no exclusivamente, en las relaciones entre el islam y el Occidente. Fractura sin lugar a dudas importante, pero que en ningún caso hay que sobreestimar, por cuanto que muchas de sus aparentes expresiones responden a causas derivadas de la fractura Norte-Sur.

En este sentido, la tesis que defendemos es la contraria a la mantenida por Samuel Huntington en torno al choque de civilizaciones:

«Que consideramos absolutamente reduccionista, simplificadora y, por ello, distorsionadora de la realidad mundial» (3).

En nuestra opinión, si los choques de civilizaciones han sido una constante a lo largo de la historia de la humanidad, conformando los mismos una parte importante, aunque ni mucho menos la totalidad de nuestro pasado, sin embargo, de cara al futuro las nuevas condiciones en las que se desarrolla la vida internacional, marcadas por la globalización y la interdepen-

(3) A pesar de que en este trabajo empleamos términos y conceptos utilizados por SAMUEL P. HUNTINGTON en sus archicitados trabajos «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, volumen 72, número 3, pp. 22-49. 1993, y *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (Nueva York, Simon y Schuster, 1996), no compartimos en ningún caso sus tesis, que consideramos reduccionistas y simplificadoras de la realidad internacional. Para una crítica de dichas tesis y en concreto de su visión del choque de civilizaciones en el Mediterráneo, *vid.*, entre otros: REMIRO, A. *Civilizados, bárbaros y salvajes en el nuevo orden internacional*, pp. 96-152. McGraw Hill. Madrid, 1996, y GRASA, R. *Opus citada*, pp. 173-192.

dencia, y las propias características de la actual sociedad mundial hacen más probable la convivencia y el acomodamiento entre civilizaciones que el choque y el enfrentamiento, que se producirían fundamentalmente por causas derivadas de las desigualdades que existen a nivel económico y social.

Problemas y conflictos

Las dos fracturas señaladas que coinciden en el Mediterráneo, que están interrelacionadas como consecuencia de la evolución histórica de la sociedad internacional, provocan toda una serie de problemas de carácter político, económico y social y de conflictos de muy distinta naturaleza y alcance en las relaciones entre ambos lados, sin que en muchos casos sea posible atribuir a una u otra el origen de los mismos.

Bichara Khader ha sintetizado acertadamente estos problemas en lo que: «Denomina la agenda de las tres “D”: Demografía, Democracia y Desarrollo» (4).

Estos problemas se materializan, por una parte, en el subdesarrollo con todas sus manifestaciones, desde el acrecentamiento de la inestabilidad política y social en el interior de los países en vías de desarrollo en la orilla sur del Mediterráneo, que entronca directamente con fracturas internas a nivel político, económico y social, así como con la radicalización islámica y el conflicto interno que experimentan las sociedades de esos países en la orilla norte del Mediterráneo, que provocan problemas sociales de integración y estallidos de xenofobia y racismo, que retroalimentan y agudizan la fractura civilizacional, trasladándola al interior de las propias sociedades occidentales.

Problemas en las relaciones mutuas que se materializan, por otra parte, también a un nivel político, social y cultural en torno a la vigencia de los derechos humanos y de la democracia y a la exigencia universal de esos valores frente a las alegaciones de relativismo y particularismo que en este tema defienden sectores sociales muy importantes del islam, afectando decisivamente al modelo de sociedad y de Estado que se preconiza en ocasiones muy diferente al modelo occidental.

(4) KHADER, B. *L'Europe et la Méditerranée. Géopolitique de la proximité*. L'Harmattan. Paris, 1994.

Estas fracturas y los problemas señalados provocan en la actualidad conflictos abiertos y enquistados (5), tanto en la línea de fractura como en el interior de esos mundos y muy en concreto en el seno del islam. Conflictos de difícil solución por estar originados directamente por las fracturas y por obedecer a causas estructurales directamente ligadas a la formación de la sociedad mundial.

Son conflictos que en general se ajustan al nuevo tipo de conflicto dominante en el mundo actual, caracterizado por responder fundamentalmente a problemas políticos, económicos y sociales, es decir, a antagonismos nacionales, étnicos, religiosos, económicos y culturales, concretándose en las llamadas guerras de baja y media intensidad y expresándose en conflictos y guerras en los que en la mayoría de los casos los actores no son Estados. Son, por lo tanto, conflictos de naturaleza predominantemente intraestatal o transnacional, que se diferencian de los conflictos tradicionales, caracterizados por tener una naturaleza interestatal, política y estratégica, y expresarse generalmente a través del enfrentamiento y de la guerra entre los Estados.

Es el caso del conflicto del Sáhara Occidental y el caso de los conflictos internos de naturaleza nacional y política, como el conflicto kurdo, e incluso de guerras civiles de naturaleza religiosa, pero con bases y derivaciones de orden político y social, que han vivido o viven una parte importante de los países árabes de la ribera sur del Mediterráneo, como sucede en Líbano, Egipto, Argelia y Marruecos.

Es también el caso de los conflictos que se producen en la línea de fractura entre el Occidente y el islam, como el conflicto en el seno de la antigua Yugoslavia, marcado por un enfrentamiento étnico y religioso que se remonta lejos en la Historia, el conflicto entre Grecia y Turquía, de carácter eminentemente estratégico y territorial pero con connotaciones étnicas y culturales, y, como derivación del mismo, el conflicto chipriota, que, aunque con bases políticas y estratégicas marca perfectamente lo que es una línea de fractura civilizacional. Un conflicto de la línea de fractura es igualmente el caso del conflicto árabe-israelí y palestino, que aunque tiene fun-

(5) Utilizamos el término conflicto para referirnos a una situación en la que un grupo humano se encuentra en oposición consciente a otro o a otros grupos humanos, en razón de que tienen o persiguen objetivos e intereses que son o parecen incompatibles, sin que el conflicto suponga por principio violencia o uso de la fuerza, aunque en ocasiones puedan estas últimas ser una componente del mismo. Para el concepto de conflicto, *vid.*: ARENAL, C. DEL. *Introducción a las relaciones internacionales*, p. 287, tercera edición. Tecnos. Madrid, 1990.

damentalmente un sentido territorial y nacional, tiene también connotaciones étnicas y religiosas. Lo mismo sucede con el conflicto entre Libia y Occidente, que más allá de su naturaleza predominantemente estratégica, descansa en bases de orden cultural, religioso y político-social.

Los conflictos y problemas señalados se ven complejizados en su desarrollo y dificultados en su solución al converger en torno a los mismos intereses regionales y extrarregionales de la más diversa naturaleza y alcance y el entenderse los problemas de seguridad derivados de esos problemas en términos muy diferentes. Al lado de los intereses regionales y subregionales, como son los de los países mediterráneos, que enfocan los conflictos y problemas y con ello el problema de la seguridad desde planteamientos no sólo estratégicos y políticos, sino también económicos, sociales y medioambientales, están los intereses de ciertos Estados extrarregionales, como sucede con Estados Unidos, que interpretan los problemas y conflictos en términos casi exclusivamente estratégicos y energéticos y que consecuentemente enfocan el problema de la seguridad de forma muy diferente a los Estados más directamente implicados en la región y preconizan políticas y soluciones distintas.

Occidente y el islam (6)

Las dos fracturas que comentamos, la fractura Norte-Sur y la fractura civilizacional, con algunas salvedades importantes, como son, por ejemplo, aunque no exclusivamente, los países árabes productores de petróleo, coinciden en cuanto a sus protagonistas, Occidente y el islam, dividiendo el Mediterráneo en dos mundos, uno desarrollado y occidental y otro en vías de desarrollo e islámico, que geográficamente se asientan respectivamente en la orilla norte y en la orilla sur de dicho mar. Con todo, no debemos olvidar que esas mismas fracturas se dan igualmente en el interior de esos mundos y de los Estados que los integran, complejizando aún más los problemas y conflictos que analizamos.

Estos dos mundos, que suponen religiones y civilizaciones distintas y, por lo tanto, políticas y sociedades diferentes, no son algo reciente, sino que

(6) Hablamos de Occidente y el islam como forma de identificar dos civilizaciones que han convivido históricamente en el Mediterráneo y que continúan presentes en el mismo, caracterizando a los Estados que existen en dicha cuenca. Somos conscientes del peligro que supone utilizar estos términos, dado el protagonismo de las tesis de Samuel Huntington, que no compartimos, pero los consideramos útiles en cuanto a expresión de una realidad que no se puede ignorar.

tiene ya una larga historia de relaciones de todo tipo, marcadas en muchos momentos por la tensión y el conflicto, por cuanto que ambas civilizaciones, más allá de la tolerancia que ha caracterizado ciertos periodos de su pasado, han buscado históricamente el triunfo de una sobre otra, implicando en su relación modos diferentes de entender la vida, la política, la sociedad y el mundo (7).

Durante siglos el Mediterráneo ha sido punto de encuentro y de choque de civilizaciones y de pueblos, que con distinta suerte han ido conformando una parte importante de la historia de la humanidad hasta llegar el presente (8).

En los últimos 1.400 años en concreto, esas dos civilizaciones, el cristianismo, tanto occidental como ortodoxo, y el islam, han mantenido una relación continuada y difícil, en la que se han alternado periodos de tolerancia y de coexistencia pacífica con periodos de conflicto, planteado en ocasiones como un combate a muerte en el que estaban en juego no sólo el poder y la tierra, sino lo que es más importante las almas (9). El sentido religioso de la Reconquista y las Cruzadas, por parte cristiana, y de la Guerra Santa, por parte musulmana, expresan perfectamente el sentido universalista y misionero de ambas civilizaciones y lo profundo que en ocasiones ha sido el enfrentamiento (10).

En esa relación constante, la fortuna y el éxito de cada una de esas dos civilizaciones y las dinámicas que han llevado a su enfrentamiento han variado según los distintos momentos históricos, en función de factores muy diversos como son el crecimiento y el declive demográfico, el desarrollo político y económico, las innovaciones científico-técnicas y la intensidad del compromiso religioso.

(7) Esta realidad de las relaciones entre Occidente y el islam, en el escenario del Mediterráneo, ha sido puesta claramente de manifiesto, desde una perspectiva histórica y en momentos históricos muy distintos, en las magistrales investigaciones de PIRENNE. H. *Mahomet et Chalemagne*. París, 1971 y BRAUDEL, F. *Le Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II*, segunda edición corregida y aumentada. Armand Colin. París, 1966.

(8) El contacto o choque entre civilizaciones no es siempre necesariamente violento, sino que puede producirse en términos pacíficos y cooperativos.

(9) ESPOSITO, JOHN L. *The Islamic Threat: Myth or Reality*, p. 46. Oxford Univ. Press. Nueva York, 1992.

(10) Para una aproximación a la visión cristiana medieval del islam, *vid.*: ARENAL, C. DEL. «Don Juan Manuel y su visión de la sociedad internacional del siglo XIV», *Cuadernos Hispanoamericanos*, número 308, pp. 90-109. Febrero, 1976.

Hubo momentos, como desde los inicios de la expansión árabe-islámica a principios del siglo VII hasta el siglo XI, cuando las fronteras del islam se extendieron hasta el norte de la península Ibérica (11), y posteriormente con el avance turco sobre el oriente de Europa en el siglo XVII, en que el éxito estuvo temporalmente de parte del islam. Por el contrario, desde el siglo XI, el Occidente cristiano inicia un periodo de expansión que con alguna alternativa le llevará a imponerse sobre el mundo árabe islámico, culminando ese proceso al final de la Primera Guerra Mundial, cuando Gran Bretaña, Francia, Italia y España establecieron su dominio en casi todo el mundo árabe, con la excepción de una Turquía de reducidas fronteras y Arabia Saudí y más lejos Irán y Afganistán.

El proceso de descolonización, que se inicia en los años treinta y se acelera a partir de la Segunda Guerra Mundial y supone la independencia del mundo árabe-islámico y la puesta en marcha de diferentes proyectos nacionales, va a traer consigo de nuevo las tensiones y conflictos abiertos entre ambas civilizaciones, si bien mitigados y desvirtuados e, incluso congelados, por la guerra fría, el enfrentamiento entre bloques y la naturaleza bipolar del sistema internacional que se impone a partir de 1947.

De hecho, durante todo el periodo de la guerra fría, la visión global del Mediterráneo estuvo ligada, más allá de la evidencia geográfica, a la geoestrategia mundial de las dos superpotencias, que hicieron el Mediterráneo terreno de su enfrentamiento mundial (12), condicionando de forma decisiva todos los problemas y conflictos.

Hoy, terminado el periodo de la guerra fría y fenecido el sistema bipolar que dominó el mundo a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, que encubrió y desvirtuó en parte esa relación conflictiva y las fracturas que la provocaban, la tensión y los conflictos han vuelto a aflorar en el Mediterráneo.

En ello ha influido el hecho, que analizaremos posteriormente, de que Occidente y el islam están viviendo momentos históricos muy diferentes, con toda la problemática que se deriva de esa situación.

Al mismo tiempo, la posguerra fría no sólo ha permitido que se expresen en toda su dimensión los profundos cambios que había experimentado la sociedad mundial en las últimas décadas, sino que ha desencadenado un

(11) *Vid.*: MANTRAN, R. *La expansión musulmana (siglos VII al XI)*, De Labor. Barcelona, 1973.

(12) BARBÉ, E. «La región mediterránea (I). El flanco sur de la OTAN», *Afers Internacionals*, número 3, pp. 5-16. 1984.

proceso de cambios a nivel del sistema político-diplomático que han incidido de forma importante sobre los problemas y conflictos del Mediterráneo, por cuanto que ha facilitado la búsqueda de soluciones negociadas a algunos de los conflictos más antiguos, como el conflicto palestino, y la puesta en marcha de ambiciosos proyectos de cooperación entre ambas orillas, orientados a la solución de algunos de los problemas derivados de las fracturas Norte-Sur y civilizacional. En definitiva, el reduccionismo geoestratégico que ha caracterizado históricamente la relación entre Occidente y el islam ha dado paso a un enfoque más complejo del Mediterráneo, en el que el término desempeña un papel central.

Las causas del conflicto entre Occidente y el islam

En este nuevo escenario, marcado por el cambio y la transformación de la sociedad mundial y del sistema político-diplomático, aunque algunas de las causas del secular conflicto entre Occidente y el islam siguen siendo las tradicionales, sin embargo han aparecido nuevas causas y las condiciones en las que se plantea y las perspectivas de solución son muy diferentes a las del pasado.

Analicemos brevemente esas causas, como forma de mejor comprender la relación conflictiva, y las nuevas condiciones en las que se plantea.

Las causas más remotas, dejando momentáneamente de lado otras causas más recientes, pero no por ello menos importantes, que derivan de la fractura Norte-Sur y de la condición de dominantes y de dominados que Occidente y el islam han tenido en general respectivamente desde principios de siglo, hay que encontrarlas en la fractura civilizacional, es decir, residen en la diferencia entre las dos religiones y entre las dos civilizaciones basadas en ellas, pero también en las semejanzas existentes entre las mismas.

En el islam, al contrario que en el cristianismo, religión y política están profundamente unidos, pues la comunidad de creyentes (*umma*) nació como una estructura político-religiosa. Mahoma no sólo fue un profeta sino también un jefe militar, un diplomático, un político y un legislador y El Corán no sólo enuncia normas morales para el individuo, sino también reglas y reglamentos para la vida familiar y social, para la política y para las relaciones internacionales. Al ser el islam quien creó al Estado, el vínculo de pertenencia al conjunto socio-político se conformó en torno a la condición de musulmán de sus miembros, siendo en consecuencia el islam el ele-

mento que determina la identidad política y la ciudadanía común de los miembros de la comunidad de creyentes. En este sentido, no son la nación o el país los que, como sucede en Occidente, inspiran los fundamentos históricos de la identidad individual, sino la pertenencia a una misma comunidad político-religiosa, aunque hoy en día la comunidad de creyentes no esté unida políticamente, sino fragmentada entre varios Estados, en la gran mayoría de los cuales el islam sirve de legitimación al régimen en el poder y en algunos de ellos la unión entre el poder religioso y político es total, como sucede en Irán, Arabia Saudí y Marruecos.

Al mismo tiempo, las causas del conflicto residen también en las semejanzas entre ambas religiones y civilizaciones. Las dos religiones son mono-teístas, que ven el mundo en términos dualistas, de «nosotros» y «ellos». En el islam la distinción entre «dar el islam», es decir, el mundo del islam, que comprende a los países de dominación musulmana y a la comunidad de creyentes, y «dar el *harb*», que se refiere al mundo no sometido al islam y que es necesario conquistar, y en el cristianismo la distinción tradicional entre civilizados y bárbaros o entre cristianos e infieles, según los momentos históricos, que también es necesario convertir, expresan perfectamente ese dualismo. Ambas son universalistas y misioneras, pretendiendo ser la única fe verdadera que todos los seres humanos deben abrazar. Ambas se han extendido históricamente en ocasiones mediante la conquista, ofreciendo conceptos paralelos, como la Guerra Santa (*yihad*) y las Cruzadas. Finalmente, ambas tienen visiones teológicas de la Historia, en contraste con las visiones cíclicas o estáticas de otras religiones. En definitiva, históricamente el islam y el cristianismo se presentan frente a frente como dos mundos, dos sistemas político-sociales, dos religiones, ambas universalistas y de vocación hegemónica, cuyo fin será la conversión de todos los pueblos del mundo.

Lo anterior explica no sólo la relación conflictiva que han vivido históricamente ambas civilizaciones en el Mediterráneo, siempre punto de encuentro y de fractura y en muchas ocasiones campo de batalla entre ambas, sino también la conflictividad y problemas que persisten en el presente.

Un presente, como hemos señalado, en el que aparecen además causas y factores nuevos que han contribuido, por un lado, a incrementar o agudizar los conflictos y, por otro, a transformarlos, dándoles una nueva y diferente dimensión y abriendo nuevas perspectivas de futuro.

Entre las causas y factores nuevos que han contribuido a incrementar la conflictividad de la relación hay que destacar los siguientes:

- En primer lugar, hay que señalar un hecho fundamental, ya apuntado anteriormente, que subyace en algunas de las causas y factores que analizaremos a continuación, que es que Occidente y el islam están viviendo momentos o tiempos históricos muy distintos y con ello dinámicas sociales y políticas muy diferentes. El MEDOC, con alguna excepción, como consecuencia, por un lado, de una larga trayectoria histórica de conflictos armados y de hegemonía política, económica y cultural, y, por otro, del final de la guerra fría y la bipolaridad, está estabilizado ideológica, política, social y territorialmente, lo que le permite orientar sus dinámicas hacia la integración y el desarrollo, el islam, por el contrario, recién salido de un período de dependencia, occidentalización y consiguiente frustración, se encuentra inmerso en plena búsqueda de la recuperación de su identidad política, económica, social y religiosa, con todo lo que ello supone de inestabilidad, de tensión y de conflicto tanto a nivel interno como en sus relaciones con Occidente.
- En segundo lugar, se encuentran las dramáticas diferencias que existen en general, salvo excepciones notables, entre los niveles de desarrollo político, económico y social de los países de la ribera sur y los de la ribera norte del Mediterráneo y en el interior de cada uno de esos países. Diferencias que se han ido acentuando desde la Segunda Guerra Mundial hasta alcanzar en el presente niveles alarmantes y estar en la base de todos los conflictos y problemas que existen entre Occidente y el islam.
- Tercero, hay que destacar que el crecimiento demográfico de los países árabes mediterráneos frente al casi estancamiento de la población de los países europeos, ha contribuido a agudizar el problema de la pobreza y la precariedad de las condiciones socio-económicas de vida, incrementando la inestabilidad y conflictividad social y política en dichos países y los movimientos migratorios hacia la ribera norte del Mediterráneo en busca de mejores condiciones de vida. Problema este último que se incrementará de cara al futuro a la vista de las proyecciones demográficas de ambas orillas del Mediterráneo (13).
- Cuarto, el islamismo radical (14) que se ha hecho presente cada vez con más fuerza en las sociedades musulmanas, poniendo en entredi-

(13) En el año 1960 la relación demográfica era de 1 habitante en el Sur por cada 4,7 en el Norte, en el periodo 1990-2000 esta relación está calculada en 1 a 2 y en el año 2025 está prevista una cifra similar en ambas orillas, en torno a los 170 millones de personas.

(14) Empleamos, siguiendo el uso que preconizan los especialistas, el término «islamismo», en vez de los términos «fundamentalismo» e «integrista», más propios del cristianismo, como el más adecuado para definir unos nuevos movimientos socio-políticos que introducen elementos de ruptura con el orden social, político y cultural existente.

cho, a veces incluso por procedimientos violentos, las estructuras políticas y sociales imperantes de la mayor parte de los Estados musulmanes. Islamismo que reclama, por un lado, una vuelta a la ley islámica (*sharia*) como forma de solucionar los problemas políticos, económicos y sociales y, por otro, un rechazo de los valores occidentales. En este sentido, se puede decir que el islamismo es una doctrina política construida en torno al islam, que se transforma en instancia directora de la política y la sociedad.

El actual movimiento islamista se caracteriza por su heterogeneidad y diversidad, derivada tanto de las raíces nacionales en cada caso y de los diferentes sectores sociales implicados, como de si están o no en el poder y, en este último caso, según las tácticas que se utilizan para alcanzar el poder, sin que se pueda afirmar la existencia de una «internacional» islámica. Lo anterior no impide la existencia de importantes vínculos y relaciones políticas y económicas entre los islamismos existentes en cada país.

En general y simplificando se podría decir que en la oposición existen dos tipos de islamismo. Uno, el islamismo moderado, que busca la modernización del país y su inserción internacional, afirmando el islam como referencia de la vida política, económica y social, sin poner en entredicho el orden internacional y las relaciones con Occidente, como sucede en Turquía y en las clases medias de los países del Magreb. Otro, el islamismo radical que rechaza la modernización de la sociedad y se propone el retorno a la sociedad que predicó el Profeta. Sus medios para alcanzar el poder van desde la revolución, que tuvo éxito en Irán, hasta la progresiva islamización de la sociedad que lleve al Estado islámico, como sucede en Argelia y Egipto.

En el poder se pueden distinguir también dos tipos de islamismo. Uno, conservador, que se opone a los cambios sociales y a la contaminación con Occidente, pero sin entrar en conflicto con él, como es el caso de Arabia Saudí. Otro revolucionario, que pretende realizar una revolución en todos los ámbitos de la vida social y replantear sus relaciones con Occidente, eliminando cualquier atisbo de dependencia o subordinación, como sucede con Irán.

En todo caso, cuando se habla de islamismo hay que tener presente que, aunque no se trata de un movimiento nuevo en sentido estricto, por cuanto que siempre han existido en el islam movimientos religiosos y socio-políticos, que han pretendido una interpretación maximalista de El Corán en cuanto a unión de la religión y la política, sin conjunción de una serie de factores que han contribuido a su singularización.

Los principales factores, todos ellos íntimamente relacionados, que singularizan el actual islamismo respecto de otros movimientos islámicos anteriores, son los siguientes:

- a) Una crisis de identidad cultural del mundo árabe, producto de la colonización política y económica, así como de la occidentalización y secularización de la vida política y social iniciada durante la época colonial y continuada a nivel político e ideológico por los gobernantes árabes después de la independencia. Este proceso de «modernización» del islam se empezará a considerar fracasado a partir de la derrota árabe y del «socialismo árabe», que representaba el nasserismo, en la Guerra de los Seis días en el año 1967, y del claro alineamiento de los países occidentales con Israel. A partir de esos momentos se empezará a buscar en el islam las raíces religiosas, sociales y políticas que permitan reencontrar la identidad y superar la frustración de unos pueblos que tenían conciencia de su pasado glorioso y se veían sometidos y sin protagonismo. Los pueblos árabes empezarán a redefinir su identidad en términos islámicos. La guerra del Golfo, a pesar de que en la misma intervinieron contra Irak muchos gobiernos árabes, no hará sino reforzar el sentimiento antioccidental del mundo musulmán.
- b) Una desilusión y un rechazo de los modelos occidentales, ya sean capitalistas o socialistas, que, ensayados a partir de la independencia por sus gobiernos, se habían revelado incapaces de solucionar sus problemas políticos, económicos y sociales, tanto a nivel interno como internacional. La consecuencia será la vuelta a los valores del islam en busca de una autenticidad cultural propia. El triunfo de la revolución iraní en 1979 actuará en este sentido como ejemplo que impulsará el movimiento islamista radical.
- c) Una crisis económica y social, derivada de la colonización y del desarrollo desigual impuesto por el sistema capitalista a nivel mundial, que ha provocado un deterioro de los niveles de vida y una extensión de la población en situación de pobreza. Estas capas sociales encuentran en el islamismo un valor de refugio frente a las frustraciones sociales, políticas y económicas.
- d) Un ejercicio autoritario del poder por parte de los gobernantes, basado en modelos occidentales, que ha exacerbado una oposición política que reclamará el islam como solución política y encontrará en el islam el instrumento para protestar contra la política oficial.
- e) Finalmente, el quinto factor que ha contribuido actualmente a incrementar la conflictividad entre Occidente y el islam ha sido el final de la

guerra fría y el hundimiento de la Unión Soviética y de sus países satélites, que puso fin a la fractura ideológica Este-Oeste, alterando el equilibrio en la región, como se puso claramente de manifiesto en la guerra del Golfo, y permitiendo que la fractura civilizacional apareciese en toda su extensión y sin intermediarios.

Factores que contribuyen a plantear los conflictos en una nueva dimensión

Al lado de estas causas y factores que han facilitado un aumento de la conflictividad en el Mediterráneo, hay que destacar también la existencia de otros factores nuevos que, por el contrario, contribuyen a plantear los conflictos en una nueva dimensión y permiten abrir dinámicas de solución del mismo.

Entre estos últimos, los más importantes, todos ellos también íntimamente relacionados, son los siguientes:

En primer lugar, la creciente interdependencia y globalización de la actual sociedad mundial a todos los niveles, que han transformado radicalmente las relaciones internacionales y la vida interna de los Estados, dando lugar a problemas de carácter común y global, difuminando la distinción y separación entre lo interno y lo internacional, erosionando profundamente las fronteras estatales, debilitando la centralidad del Estado, su autonomía y soberanía y obligando en definitiva a los actores internacionales a entrar en dinámicas de cooperación y concertación internacional, tanto bilateral como multilateral, como única forma de hacer frente a sus propios problemas y a los problemas del mundo, que se amplifican y agudizan como consecuencia de esa interdependencia y globalización (15).

La realidad es que ahora vivimos en un mundo interdependiente y global, muy diferente al mundo que ha existido durante siglos, en el que han cambiado en medida importante las reglas del juego internacional y los intereses de los Estados. En este mundo todos estamos implicados en los problemas de todos, dependiendo cada vez más unos de otros, con todo lo

(15) Para los cambios en la sociedad internacional y los factores de cambio, *vid.*: ARENAL, C. DEL. «Cambios en la Sociedad Internacional y Organización de las Naciones Unidas», en *Jornadas sobre el Cincuenta Aniversario de las Naciones Unidas, Colección Escuela Diplomática*, número 2, pp. 7-24. 1995.

que ello supone en el plano de la articulación de políticas, internas e internacionales, y en la percepción que los Estados tienen de los problemas internacionales.

Este hecho incide de forma importante, como no podía ser de otra forma, en el Mediterráneo y en las relaciones entre Occidente y el islam, aproximando a ambas civilizaciones, tanto a nivel estatal como societario, tendiendo puentes de convivencia, generando nuevas estructuras de relación y concertación y obligándolas a cooperar en la solución de sus problemas. Y esto no sólo por razones solidarias o humanitarias, sino sobre todo por razones de interés.

Lo anterior no supone que haya que dar ya por hecha la cooperación y la concertación entre las dos orillas del Mediterráneo y la progresiva dilución de las tensiones y conflictos, pues hay movimientos radicales a ambos lados que buscan precisamente lo contrario, pero sí implica que existe una sociedad mundial muy distinta a la del pasado, que al mismo tiempo que agudiza y amplifica los conflictos, los relativiza y globaliza, obligando a buscar fórmulas de solución, y que las principales dinámicas internacionales trabajan a favor de la aproximación y el entendimiento entre Occidente y el islam.

La prueba de lo anterior la encontramos en la atención con que se viven los distintos problemas y conflictos en el mundo en general y en el Mediterráneo en particular por parte de todos los Estados, y especialmente por parte de los Estados ribereños de ese mar, y en los foros y las políticas de concertación, cooperación y búsqueda de soluciones pacíficas y negociadas de los conflictos que actualmente existen en el Mediterráneo.

El segundo factor que hay que destacar, en directa relación con el anterior, por cuanto que es una consecuencia del mismo, hace referencia al nuevo concepto y realidad de la seguridad.

El problema de la seguridad nacional, clave en la política de los Estados y en la configuración de todo sistema internacional, se plantea en términos diferentes a como ha venido expresándose en el pasado, como consecuencia del cambio en la naturaleza del poder, del cambio en el tipo de retos y amenazas, de las nuevas vulnerabilidades del Estado, del cambio del propio tipo de conflicto y del cambio en la percepción de esas amenazas.

Por un lado, la seguridad nacional es un concepto más amplio que el de la tradicional seguridad militar, que ha dominado durante siglos el comportamiento de los Estados.

Hoy, la seguridad está compuesta no sólo de dimensiones militares, sino también de dimensiones políticas, económicas, sociales, humanitarias, ecológicas y de derechos humanos. La proliferación de armas de destrucción masiva, el subdesarrollo con todas sus manifestaciones, los problemas demográficos, los problemas étnicos y culturales, la degradación del medio ambiente y el agotamiento de los recursos naturales, las violaciones de derechos humanos son nuevos retos a la seguridad, que requieren cambios importantes en el concepto y el planteamiento de la seguridad, en cuanto suponen en muchos casos la superación del estrecho concepto de la seguridad nacional. Frente a la mayor parte de estas dimensiones que conforman el problema de la seguridad nacional ya no sirven o no son suficientes el armamento y las Fuerzas Armadas, siendo por el contrario necesarias políticas de orden político, económico, social y cultural.

Por otro lado, en la búsqueda de soluciones al problema de la seguridad, los Estados deben afrontar cada vez con mayor frecuencia circunstancias fuera de su control, como crisis económicas estructurales y tendencias o medidas económicas adoptadas por otros actores, problemas étnicos, demográficos, ambientales y humanitarios de carácter global y transnacional, frente a los cuales las respuestas y políticas exclusivamente nacionales no bastan, siendo necesarias respuestas comunes y solidarias, que el tradicional sistema de Estados no es capaz de articular adecuadamente, y que sólo pueden darse de forma multilateral y conjunta por parte de los Estados. Consecuencia de lo anterior son los conceptos de seguridad global, común o compartida, tan en boga en estos momentos.

En el Mediterráneo, aunque el problema de la seguridad continúa teniendo importantes dimensiones militares, que se ponen de manifiesto sobre todo en el conflicto árabe-israelí, en el conflicto de la antigua Yugoslavia, en el conflicto greco-chipriota y en las amenazas militares que supone Irán, Irak y Libia, sin embargo, el problema de la seguridad se plantea cada vez más desde una perspectiva global y compartida y no exclusivamente nacional, y en términos no estrictamente militares, sino políticos, económicos y sociales, como consecuencia del subdesarrollo y de sus distintas manifestaciones, de la explosión demográfica y de los movimientos migratorios de la ausencia de democracia y respeto de los derechos humanos, del islamismo político y de la creciente degradación medioambiental.

Esta realidad, a pesar de todas las tensiones y conflictos que existen y precisamente por ello, está ya influyendo decisivamente en las relaciones entre ambas orillas, favoreciendo la aproximación, el entendimiento y el

establecimiento de mecanismos de concertación, cooperación y gestión a nivel mediterráneo, que tratan de dar respuestas comunes a los problemas del mismo. La expresión más característica de esta dinámica es la Conferencia Euromediterránea de Barcelona, celebrada en noviembre de 1995, a la que nos referiremos más adelante, que ha abierto en este sentido una nueva etapa en las relaciones mediterráneas.

En tercer lugar, otro factor importante, que caracteriza las relaciones internacionales y que ha introducido una dimensión nueva en las relaciones mediterráneas y en concreto en las relaciones entre Occidente y el islam, aunque todavía su incidencia real es pequeña, es el creciente protagonismo de los actores no gubernamentales o, si se prefiere, de las sociedades civiles, al margen o en colaboración con los Estados.

Dentro del fenómeno de multiplicación de los actores no estatales que caracteriza la actual sociedad mundial, destaca sobre todo el desarrollo de las llamadas ONG, que han empezado a cumplir significativas funciones de todo tipo tanto a nivel general como en las relaciones euromediterráneas, desde funciones humanitarias hasta políticas y ecológicas, abriendo nuevas dinámicas internacionales que aproximan a las sociedades y buscan la solución de los problemas. Esta acción obliga a los Estados a actuar o coactuar con ellas en cada vez más numerosos problemas internacionales, implicándolos de forma creciente en políticas internacionales, de naturaleza social, cultural, que tradicionalmente los Estados no habían asumido.

Este creciente protagonismo de los actores no estatales ha supuesto la revalorización de la solidaridad a nivel internacional e interno y la toma de conciencia de la trascendencia de la dimensión humanitaria de nuestro mundo.

Las ONG, a pesar de que su papel es todavía escaso en el mundo árabe, como consecuencia de las propias características de la sociedad islámica, del control que ejercen los Estados y del escaso desarrollo democrático de dichos Estados, constituyen hoy, sobre todo desde las sociedades europeas y con una perspectiva de futuro, un elemento significativo en el escenario mediterráneo, como se puso de manifiesto en el Forum Civil, reunido en Barcelona, en noviembre del año 1995, tras la Conferencia Euromediterránea, y en las reuniones que se han realizado posteriormente por el mismo, contribuyendo con su acción a tender puentes de diálogo y cooperación entre ambas orillas, que generan un entramado de vínculos e intereses no gubernamentales, que complementan las relaciones intergubernamentales y moderan las tensiones y conflictos.

Estamos ante un factor nuevo que, especialmente a partir del fin de la guerra fría y de cara al futuro, puede incidir de forma directa en las relaciones mediterráneas, como se ha señalado en la II Conferencia Euromediterránea, celebrada en Malta en abril de 1997, aportando una dimensión y una dinámica que históricamente no habían existido en la búsqueda de soluciones a los problemas y conflictos y que con seguridad facilita.

El cuarto factor, que destacaríamos, ligado directamente al anterior, es el reforzamiento de la dimensión humana de las relaciones internacionales. El tradicional sistema internacional, que hacía del Estado y de su seguridad el referente exclusivo del mismo, se caracteriza por su estatocentrismo y su consiguiente deshumanización. El ser humano no era considerado como sujeto y actor de las relaciones internacionales y sólo era tomado en consideración como ciudadano de un Estado, siendo éste el único punto de referencia para sus derechos y aspiraciones. Hoy, por el contrario, como consecuencia de un proceso iniciado después del año 1945 en torno a la protección internacional de los derechos humanos y acentuado a partir del fin del sistema bipolar, el ser humano, tanto individual como colectivamente, empieza realmente a ser tomado en consideración a nivel internacional.

El creciente papel que están jugando los derechos humanos en las relaciones internacionales, más allá de un simple y retórico reconocimiento jurídico-formal, como ejes justificadores de cada vez más frecuentes acciones e intervenciones internacionales, no sólo es la prueba más palpable de su creciente vigencia, sino también de la progresiva toma de conciencia por los Estados de que la sociedad internacional no es sólo una sociedad interestatal, como se afirmó durante muchos siglos, ni siquiera es sólo también una sociedad transnacional, sino que es sobre todo una sociedad humana.

Es verdad que la cada vez mayor vigencia internacional de los derechos humanos supone en muchos casos y, en concreto en las relaciones entre Occidente y el islam una fuente de tensiones y conflictos, como consecuencia de la afirmación en determinados sectores islámicos, estatales y no estatales, de que los derechos humanos son un producto típicamente occidental que no cabe trasladar miméticamente a otras civilizaciones y religiones, como es el caso del islam, poniéndose en entredicho el universalismo de los derechos humanos. Pero también lo es que a medio y largo plazo la vigencia de los derechos humanos actuará en el sentido de aproximar las sociedades.

Finalmente, entre los factores que contribuyen a plantear los conflictos existentes en el Mediterráneo en una nueva dimensión y permiten abrir dinámicas de solución de los mismos, está la existencia de la Unión Europea como un nuevo actor internacional, que dedica una especial atención al Mediterráneo.

La consolidación del proceso de integración europea y su creciente protagonismo internacional, especialmente a partir del final de la guerra fría, al desvanecerse el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que había planteado los problemas y conflictos mediterráneos en términos fundamentalmente estratégicos, desvirtuando sus auténticas causas estructurales, ha supuesto la introducción de un nuevo actor en las relaciones mediterráneas con una capacidad de actuación mucho mayor que la de los Estados europeos mediterráneos individualmente considerados y con intereses directos, ligados a los problemas reales del Mediterráneo.

Un nuevo actor mediterráneo, con intereses de todo tipo, que a pesar de las reticencias de algunos de sus Estados miembros, tiene una visión global del Mediterráneo y que interpreta por lo tanto sus problemas en términos no sólo estratégicos, sino también políticos, económicos, sociales y culturales, adoptando políticas mediterráneas que buscan la solución de sus problemas y conflictos.

Aunque las políticas mediterráneas y el diálogo euro-árabe vienen ya de hace tiempo, en los últimos años se ha producido un cambio en la actitud de Europa hacia el Mediterráneo. Este cambio tiene su mejor expresión en la Conferencia Euromediterránea, celebrada en Barcelona en noviembre de 1995 (16) que ha permitido que por primera vez los quince Estados comunitarios y los doce países de la orilla sur del Mediterráneo, con visiones en ocasiones muy distintas de los problemas del Mediterráneo, se sienten al mismo tiempo en la misma mesa con un planteamiento nuevo y ambicioso, que es hacer del Mediterráneo un espacio de paz y estabilidad, una zona de prosperidad común, con el compromiso de una ayuda financiera de la Unión Europea para los años 1995-1999 y con el objetivo de creación de una zona de libre comercio para el año 2010, y un marco para el diálogo entre ambas civilizaciones, a través de distintos programas y medidas encaminados a impulsar el diálogo político, la cooperación económica y los intercambios sociales de todo tipo, desde educativos y religiosos hasta a nivel de medios de comunicación.

(16) BARBÉ, E. «En busca de la cooperación y la seguridad en el Mediterráneo o el “espíritu de Barcelona”», *Anuario Internacional CIDOB* 1995, pp. 485-494. Fundación CIDOB. Barcelona, 1996.

La Conferencia Euromediterránea de Barcelona, a pesar del fracaso que supuso la II Conferencia Euromediterránea, celebrada en Malta en abril de 1997, como consecuencia del desacuerdo en lo relativo a la Carta para la paz y la estabilidad en materia de derechos humanos, medidas de confianza, puesta en marcha de la asistencia financiera, deuda, terrorismo y cooperación con las ONG, ha introducido dos novedades importantes. La primera es el mayor interés y compromiso de los países ricos de la Europa del Norte con los problemas de la cuenca mediterránea y la segunda que por primera vez el espacio mediterráneo se contempla como una unidad y no como una colección de fragmentos, cada uno de los cuales mantiene relaciones o problemas privilegiados con uno o algunos países europeos (17).

Descubrir y reinventar el Mediterráneo

A la vista de los nuevos factores que caracterizan la tradicional relación entre Occidente y el islam, que en unos casos contribuyen a incrementar la tensión y los conflictos y en otros a moderarlos, la conclusión es que nos encontramos ante una relación mucho más compleja, interdependiente y global que en el pasado, en la que lo que está en juego no es una cuestión territorial, ni estratégica, sino una cuestión que afecta a todos los ámbitos, políticos, económicos, sociales y culturales de ambas civilizaciones, y en la que, como consecuencia de este hecho, si, por un lado, las posibilidades del incremento de la conflictividad son muchas, por otro, las posibilidades de que finalmente se encuentre una vía de solución son también mucho mayores.

Que esa relación se encamine en un sentido u en otro va a depender principalmente de la respuesta que Occidente y muy especialmente Europa dé al dilema que se plantea entre buscar la convivencia y la acomodación con el islam, sobre la base de continuar con la política de hacer del Mediterráneo un espacio de paz, cooperación, prosperidad y estabilidad, o enfrentarse al mismo, como ha sucedido a lo largo de la Historia, tratando de hacer retroceder su influencia y protagonismo internacional.

De momento, y parece que con un planteamiento a largo plazo, Europa ha adoptado acertadamente por la primera solución, poniendo en práctica una política tendente a conocerse mejor, a incrementar los vínculos e intereses de todo tipo entre ambas orillas del Mediterráneo y a solucionar los pro-

(17) ALONSO ZALDIVAR, C. *Variaciones sobre un mundo en cambio*, p. 329. Alianza Editorial. Madrid, 1996.

blemas políticos, económicos y sociales de la orilla sur, con el objetivo de ir superando las fracturas existentes e ir configurando un espacio de intereses comunes, basado en la comprensión mutua y los intercambios entre sociedades.

El camino elegido, sin embargo, no es fácil, por cuanto que en ese recorrido hay que dar solución a cuestiones difíciles de carácter civilizacional que no se pueden soslayar y que depende no sólo de Occidente sino también, en una medida importantísima, del mundo musulmán, como es, sobre todo, la cuestión de la democracia y los derechos humanos, con especial atención al trato de la mujer. Se trata de una cuestión que hay que abordar con firmeza, pero también con realismo, cuya solución sólo puede venir a través de algo que históricamente no ha existido en las relaciones entre ambos mundos y que ahora empieza a producirse, que es un mayor conocimiento y respetos mutuos, basados en una relación necesariamente igualitaria y cooperativa. Es necesario superar el pasado y volver a descubrir y reinventar el Mediterráneo.

EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Por JOSÉ JORGE PERLADO

Hablar del Mediterráneo es hablar de encuentro de culturas, civilizaciones, razas, religiones... pero también hablar de una barrera. El mar que une los pueblos también los separa. El Mediterráneo como zona geopolítica ha sido un mar de luchas y enfrentamientos por su dominio y control. En la actualidad, la diferencia más acusada se encuentra entre la orilla norte y la sur, y como ha sido mil veces repetido, esta diferencia secular ha cobrado su protagonismo al decaer la amenaza primordial que Europa tenía en el Este.

En la parte norte se encuentran los países prósperos de la Unión Europea, que ahora se sienten más protagonistas, al ser la nueva frontera de la OTAN. Estados Unidos, y en menor medida Gran Bretaña, mantienen una presencia, principalmente militar, como medio de imponer su política en esta zona tan alejada de su territorio.

Sin embargo son Francia, España e Italia, los tres países poderosos que dominan la ribera norte. Francia, potencia mundial en todos los aspectos, ha sufrido el problema en sus relaciones con los vecinos del Sur, de ser la antigua potencia colonialista, y sus intervenciones políticas acogidas con recelo por sus viejos administrados. Además, o acaso por esta razón, citando palabras del ministro Rolan Dumás, Francia no ha tenido nunca una política mediterránea definida, y la política árabe del general De Gaulle había sido una falacia, pues más que política, lo que tenía eran intere-

ses. Esto no quiere decir que se desentienda, como veremos más adelante, pues apoya fervientemente cualquier iniciativa de diálogo y aquellas que se ve imposibilitada de liderar por razones históricas, serían difícil de llevar adelante sin su aceptación o participación.

España se ha revelado como una potencia media en los últimos años, y a su avance en los puestos de cabeza en el orden económico, tecnológico y social, le ha seguido un protagonismo en el orden político. Su integración en todos los organismos políticos y militares europeos, vino acompañado por una modernización militar y la participación con éxito de sus Fuerzas Armadas en conflictos en los que la OTAN o la Unión Europea han intervenido, por lo que su peso en el orden mundial y sus buenas relaciones históricas con el mundo árabe le han dado un papel importante en su zona geopolítica. Iniciativa española fue la propuesta de creación de un organismo similar a la CSCE que se plasmó en la creación de la CSCM como forma de atajar los factores de inestabilidad que ponían en peligro los intereses de la Comunidad Europea en este área, debido principalmente a las diferencias económicas entre el Norte, rico y opulento, y el Sur, de una gran pobreza y con una bomba de tiempo que es su enorme crecimiento demográfico, que acentuará cada vez más las diferencias sociales entre ambas riberas.

Italia se sumó a esta política, y aunque nuestro vecino era sospechoso de no hablar por él, sino por la gran potencia americana, es indudable que su situación en el centro del problema y adelantado de Europa en el Mediterráneo frente al Magreb, le daban también un derecho, al que se añadían su antigüedad en la Unión Europea y en la OTAN, así como sus intereses en Libia y en la ribera oriental.

Estos tres países han promovido encuentros políticos por iniciativa propia, más que representando a la Unión Europea, pero con vistas primordialmente a que la Unión dé la importancia preponderante que los países del norte de África tienen para Europa, distraída por las preocupaciones que los países del Centro y del Este, antiguos enemigos de la OTAN, presentan principalmente en los aspectos político y económico.

Así pues España e Italia, apoyándose mutuamente, a veces con dudas y otras con el rechazo de Estados Unidos, intentan dirigir una política europea mediterránea para resolver el problema social y económico de la zona que se considera de futuro riesgo si dichos problemas no se solucionan. Indispensable la integración de Francia en dicho esfuerzo, apareció el eterno problema de este país con el resto de Europa: su deseo de acapa-

rar y protagonizar la iniciativa. Las Conferencias del El Cairo y Lisboa supusieron un avance en el impulso de una política mediterránea coherente. Las siguientes de Corfú y Cannes confirmaron esta política, dándose el visto bueno para la concesión de un paquete de ayudas financieras. Por último, esta idea mediterránea y la asunción de una política responsable y común por parte de la Unión Europea, asumida en la Conferencia de Barcelona y considerada como un éxito de la diplomacia española, abre más que cierra, una nueva etapa en las relaciones Norte-Sur.

Los otros dos países de la OTAN, ya que uno no es de la Unión Europea, que cierran el Norte en su parte oriental, son Grecia y Turquía. Tras la caída del Imperio Otomano, Grecia consiguió su independencia, aunque el destino de los pueblos balcánicos, decidido en el Congreso de Berlín de 1878 después de intervenciones rusas, austríacas, inglesas y francesas, dejó la zona en una situación política y militar tan inestable, que «el barril de pólvora», como se le denominó entonces, estalló provocando la Primera Guerra Mundial. El final de la guerra consolidó las actuales fronteras griegas a costa de Turquía, aunque no frenó las aspiraciones por la recuperación del resto de islas y territorios que Grecia consideraba históricamente propios. Esta situación de enfrentamiento político y a menudo militar, persiste hasta nuestros días, alimentados por una situación social inestable debido a una débil economía que provoca desigualdades, a las malas relaciones con todos sus vecinos, principalmente con Macedonia y Turquía, y a los cambios políticos internos: el paso de monarquía a república, el golpe de los coroneles, y los escándalos del gobierno de Papandreu.

Turquía puede considerarse otro caso aparte en todos estos problemas fronterizos que sobrevinieron en el último siglo, intentando ser una solución entre los conflictos y tensiones políticas de la zona; pero cuya situación interna no le permite distraerse en los acontecimientos que no le afectan directamente. Representa una sociedad que intenta desarrollarse partiendo de un retraso económico difícil de superar, con unas instituciones no totalmente democráticas, acompañadas de represiones feroces entre su propia población de minoría étnica y política, y presentando una difícil separación civil y religiosa que no le aparta del peligro de caer en una u otra forma, más o menos radical de fundamentalismo. Estos problemas no le han impedido entrar en la OTAN, pues para Occidente era muy provechoso y práctico mantener una Turquía militarmente fuerte en la frontera con la URSS, pero esta misma potencia militar le ayudará a invadir Chipre en 1974, lo que supuso un enfrentamiento con Grecia, que ésta alimenta apoyando a Armenia y a los nacionalistas kurdos, pero los proble-

mas políticos y en mayor parte los económicos, hacen que la Unión Europea no se plantee su incorporación, escudándose en su posición geográfica en Asia.

El desmembramiento del Imperio Otomano en 1916 también hizo creer a las dos potencias interesadas, Francia y Reino Unido, que el nuevo orden internacional creado en Oriente Medio y Próximo zanjaba las eternas disputas en la zona, sin darse cuenta que al igual que en los Balcanes, habían sido impuestas unas fronteras artificiales que estallaron con la creación del Estado de Israel en 1948. Israel representa una imposición a la fuerza de un Estado artificial en medio de un territorio árabe. Pero, es además un país desarrollado en medio de países económicamente estancados, su sociedad culta y tecnológicamente avanzada está políticamente representada, entre sociedades gobernadas autoritariamente, sin hablar aquí de las muchas diferencias religiosas, étnicas, etc.

Los acuerdos de Camp David parecen haber tranquilizado momentáneamente la región, y el fin de la guerra en el Líbano, ha dado a Siria un mayor poder político, como consecuencia de su alineamiento contra Irak en la guerra del Golfo, consolidando su control en Líbano, ya consagrado por los Acuerdos de Taef de 1989.

Paso de largo la región de Yugoslavia por ser de actualidad diaria en todas las páginas internacionales de prensa. Resulta dudoso pensar que los acuerdos de paz se podrían mantener sin la presencia de las fuerzas internacionales y sólo la estabilidad política de cada uno de los Estados sería la solución. Sin embargo, se está muy lejos de esta meta. Las recientes elecciones en Bosnia no son un deseo u objetivo democrático, sino más bien una acaparación de poder por cada una de las minorías con suficiente representación.

Los países árabes del Mediterráneo Oriental: Egipto, Libia y también podemos considerar a Jordania, consiguieron su independencia después de la Segunda Guerra Mundial (Egipto, 1936), y se dedicaron metódicamente a desmantelar las estructuras coloniales, pasando por etapas políticas muy diversas: gobiernos militares, monarquías totalitarias, pero siempre embarcados en un intento de hegemonía en la región, lo que suponía un esfuerzo militar considerable que distanciaba enormemente a la mayoría de la población pobre e inculta de la clase social alta, poderosa y asentada en el poder. Muy poco de la gran riqueza, principalmente petrolífera, se utiliza para solucionar los problemas de la población, lo que se traduce en un

caldo de cultivo de los extremismos islámicos, atractivos para un pueblo hambriento que tiene más que ganar con estas propuestas de lo que pueden esperar con la situación actual.

Su alineación junto a la URSS, al enfrentarse con las potencias occidentales por las cuestiones de Suez y de Israel, fue cambiando diplomáticamente hacia Estados Unidos en el Egipto de Sadat, iniciando una lenta occidentalización. Su socio en la efímera República Árabe Unida, Libia, mantuvo su postura radical y aislacionista, acentuada tras su enfrentamiento con Estados Unidos por problemas terroristas, lo que provocó sanciones de la ONU, ya que mantiene, instruye y financia grupos terroristas como instrumento importante de su política exterior. Simultáneamente a estas actividades persigue la consecución de tecnología e información para disponer de un arsenal de armamento de destrucción masiva, siendo el principal foco de inestabilidad del norte de África. Los tres países que cierran la cuenca, Túnez, Argelia y Marruecos, constituyen la parte mediterránea del Magreb. El periodo de colonización por parte de Francia tuvo unos efectos determinantes en la vida social, política y económica, que constituyen muchos de los problemas con que estos tres países se enfrentan en la actualidad.

Para entender su estructura política actual hay que resaltar que su sociedad, principalmente la rural, conservaba una organización tribal, anterior a la llegada del islam, y que a finales del siglo XIX en Marruecos era de unas 600 tribus y en Argelia de 750. Este sistema, de fuertes raíces antropológicas hace muy difícil organizar una burocracia impersonal, pues liga el Estado a los clanes y por tanto necesita el apoyo de los hermanos, familiares y vecinos para su cohesión.

En Marruecos, el sultanato jugó un papel de arbitraje y equilibrio, de mediación entre los distintos grupos, facilitado por las raíces religiosas y permite que, incluso en la actualidad, el poder real asegure la unidad, por encima de las fuerzas políticas y sociales, siendo muy difícil iniciar ninguna transformación política sin referirse al papel fundamental de la monarquía. Recientemente ha sido elegida la nueva Cámara de Consejeros, que junto a la Cámara de Diputados, formada por sufragio universal en el mes de noviembre, constituye el último acto de la reforma constitucional puesta en marcha por el rey Hassan II, para dar paso a una fórmula de alternancia en el ejercicio del gobierno. La oposición no está conforme con estas reformas, acusando al Gobierno de fraude y de irregularidades, manifestando su descontento con la dimisión de alguno de sus dirigentes.

La parcial autonomía de Túnez bajo el poder otomano y su relativa centralización durante el periodo precolonial, hizo que las instituciones locales y el derecho costumbrista, fuera sustituido por una estructura, que asumió las tareas administrativas, la educación, la justicia y la economía, y los conflictos sociales pudieron resolverse de forma más pacífica. La resistencia a la colonización fue escasa, y el agente de la dominación fue la burocracia civil ante la menor partición tribal de la sociedad. La descolonización se basó en una concepción laica de la sociedad, y una modernización de tipo nacionalista en la que primaba el pleno empleo, los servicios sociales, la creación de industria e incluso la mejora de la situación de la mujer, todo ello propiciado por una concentración de poderes en torno al presidente Bourguiba. En la actualidad, Túnez lucha contra los reproches de ciertos medios europeos debido a la represión de los grupos islamistas, e incluso la tortura y persecución de la oposición, y la violación de los derechos humanos, pero estos mismos medios coinciden que es un mal menor por lo que representa de política prudente ante los graves sucesos que se viven en Argelia.

En Argelia, la colonización se realizó de una forma total y represiva, y Francia la consideró inicialmente como un país conquistado, y después como una provincia, destino del excedente de población de la metrópoli. Se procedió a una expropiación sistemática del territorio, convirtiendo las tierras en propiedades privadas en favor de los colonos europeos, con lo que se consiguió desmembrar las tribus y limitar la disidencia y la resistencia de la población rural. Durante esta época careció de gobierno real y la corrupta estructura administrativa creó un enorme foso entre ésta y la población. Las huellas del sangriento conflicto de independencia, que duró seis años, todavía perduran, y tras una serie de luchas políticas, Ben Bella se hace con el control del poder.

Un intento de favorecer a los campesinos y los fracasos de la autogestión industrial, propician el golpe militar de Bumedian, que pone en marcha un régimen socialista, nacionalista e islámico, estrechando lazos con la Unión Soviética, colectivizando la agricultura y nacionalizando la industria. El fracaso de la economía hace crecer el descontento popular activado por la visión de los privilegios de que goza la clase política y el aparato del régimen. En este entorno surge el Frente Islámico de Salvación, ganador de las elecciones en 1990, encarcelado y fuera de la Ley a continuación, y perseguido por el Ejército; a lo que el partido, ahora ilegal, responde con atentados terroristas. El referéndum del 96 para reformar la Constitución de 1989, consolida las prerrogativas presidenciales y prohíbe los partidos

de base religiosa, regional o lingüística; pero la certeza del fraude, visto así incluso por los observadores extranjeros, trajo un aumento, a principios de este año, de los atentados y las matanzas de civiles en las zonas rurales, provocando un conflicto que divide cada vez más a la sociedad argelina, y que hace insostenible la situación, sin el concurso futuro de una apertura política y una mejora de las condiciones de vida.

En la actualidad, el orden socio-político de estos tres países sigue basándose en el concepto neopatriarcal de las relaciones políticas, sostenido por la religión, la familia, el clan, la autoridad, el dominio y las prácticas rituales. Se sienten inseguros ante la incertidumbre y la relatividad de los procesos políticos que acompañan la democratización.

La democratización de los países del Magreb se inscribe en un proceso en que el Estado suele ser percibido como exterior a la propia sociedad, pues con cualquier sistema político, el gobierno siempre ha actuado en beneficio de intereses privados, sintiéndose tutores de la sociedad civil.

En el orden externo, existen intentos de unión desde el año 89, en que se constituyó la UMA, cuya evolución se sigue de cerca por los países europeos, conscientes de la amenaza que constituiría para la ribera norte un Magreb desestabilizado o marginado. Por otro lado, Europa tiene una doble responsabilidad: la primera, de naturaleza histórica, implica un enfoque generoso y de agradecimiento a un Magreb que ella ha colonizado y que por ella vertió su sangre durante las dos guerras mundiales. La otra, realista, incluso, egoísta: la seguridad del Norte depende de la estabilidad y prosperidad del Sur. Europa debería hacer pues, un mayor esfuerzo por condicionar su cooperación con los países del Sur a una verdadera democratización de la vida política por parte de los gobiernos en el poder, incluso si en el futuro se tratase de gobiernos islamistas, elegidos democráticamente en las urnas.

